

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIV

San José, Costa Rica

1948 Miércoles 10 de Noviembre

No. 13

Año XXIX — No. 1064

“Una sola debe ser la Patria de los americanos”

Es un discurso de Rómulo GALLEGOS.

(En el Rep. Amer.)

Pronunciado en el acto de inauguración de la estatua de Bolívar, en la población de Bolívar, Missouri, Estados Unidos de América, el 5 de julio de 1948.

He aquí un hombre mediante el cual se ha extendido sobre la tierra una multiplicación de pueblos.

De los que creó con el esfuerzo de su brazo ya la historia nos ha dicho cuanto fuere menester; pero yo he querido atribuirle significación trascendente a la circunstancia de que su nombre, que en el origen fué de pueblo, a pueblos se los haya devuelto aquí y allá. ¿No habrá sido porque este hombre fué una personificación de voluntad colectiva, de esencia de pueblo? ¿Quién le puso su nombre a este de Missouri, y por qué son varios los que del mismo modo se denominan en esta gran nación americana, que pasa por quitada de romanticismos y sólo amante de lo suyo propio? Los curiosos y acostumbrados a detener sus averiguaciones en el documento positivo y fidedigno podrán responder a esa interrogación con nombres propios de ciuda-

danos de este país; pero sucede que muchas veces los hombres no podemos asegurar que hayan sido total y exclusivamente nuestras las ocurrencias que nos hubiesen pasado por la mente y yo no subordino realidad a capricho insustancial si prefiero situarme en el plano ideal donde se mueven los sentidos profundos de la vida, para atribuirle uno especial a ese multiplicado regreso de un patronímico al origen gentilicio.

Y así me agrada pensar que esta estatua que acabamos de descubrir no es sólo una composición artística destinada al mayor adorno de un paraje hermoso, ni tampoco solamente una demostración monumental de buena amistad entre dos naciones: ésta, grande y admirable, que aquí le brinda una porción de su suelo al asiento del mármol y el bronce del homenaje y aquella mía que tuvo la fortuna gloriosa de que en el suyo naciese Simón Bolívar. Aquí en sustancia de perennidad su figura procerca, en medio a pueblo de su nombre, es el encuentro consigo mismo de un hombre-pueblo.

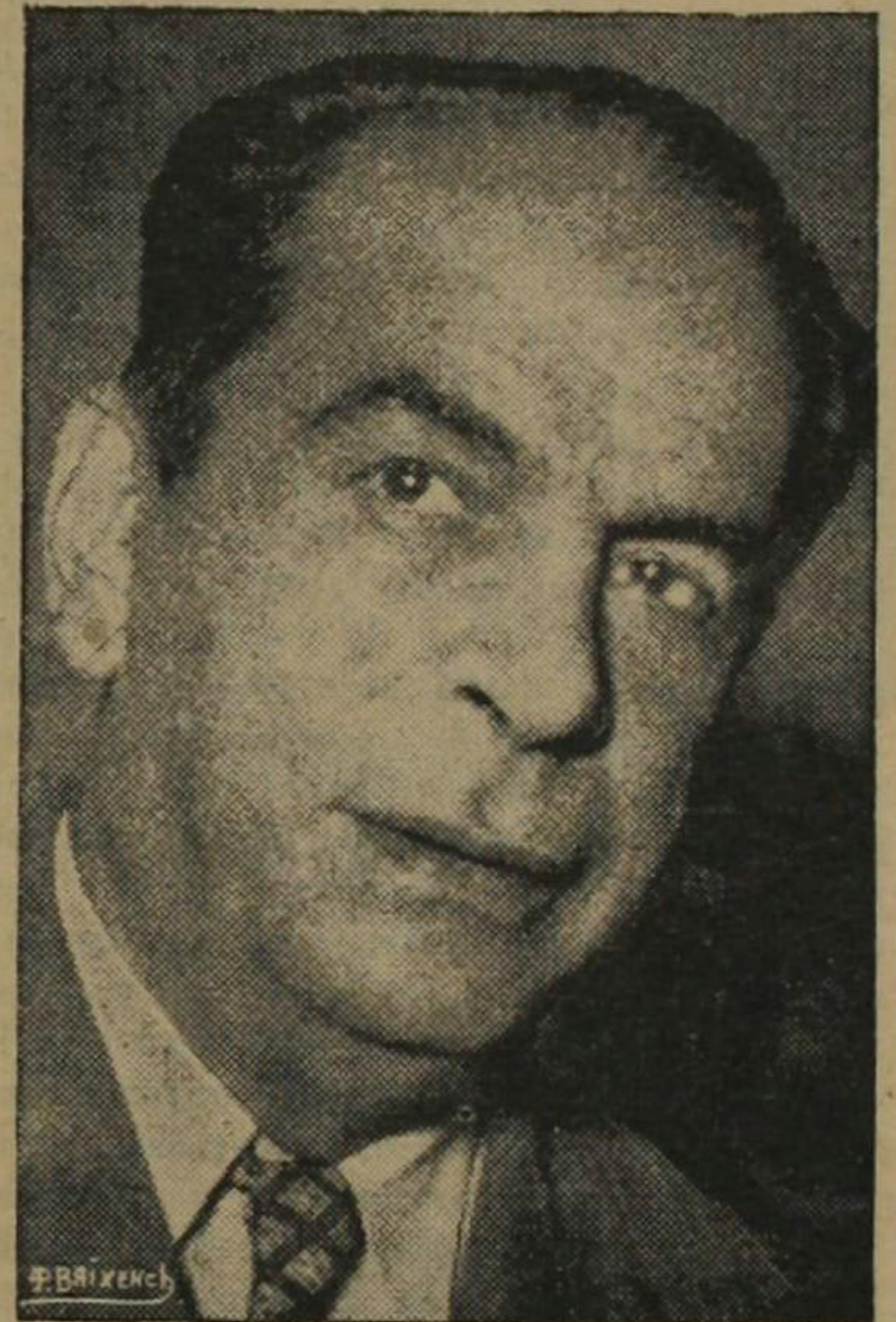
Pero viene al caso, que en seguida debo aprovechar, pedirles a los maestros de escuela de esta tierra de magistrales disciplinas, que no le hablen a sus discípulos del Bolívar de las batallas famosas, como no sea para enseñarles, con ánimo educativo del propio amor, que en un mismo año fueron, allá la de Carabobo, decisiva de la libertad de mi Patria y aquí la constitución de Missouri en Estado de la Unión. Que no se lo ponderen sino como ejemplo de constancia sin pausas en el propósito libertador que se había impuesto; como caso extraordinario de hombre tan poseído de fe en su ideal y de confianza en sí mismo, que, cuando en Pativilca —abrumadora la impresión del paraje, maltrecho él de salud y de tropas, siendo numerosas y aguerridas las del enemigo a cuyo encuentro marchaba— como al vérselo taciturno se le preguntase:

—¿Qué piensa el Libertador?

Todo aquello aconsejando retirada, la respuesta fué:

—Vencer.

Pero que no les perviertan y les estraguen el gusto, que sólo en aplicaciones a formas serenas de paz debe complacerseles, describiéndoles a este Grande Hombre de América sólo como un General intrépido, ganador de batallas difíciles, porque ellas no fueron propiamente el fin perseguido por los titánicos esfuerzos que le consumieron temprano la vida, sino el camino dramático a lo largo del cual, por entre campos de sangre, tenía que llegar a la realización de su ideal libertador y creador. Y para que ninguna duda les quede a los niños de esta comarca de que no hemos erigido aquí esta estatua para complacencias de admiración de genio gue-



Rómulo Gallegos

rrero —uno más entre los muchos que han figurado en la trágica historia del mundo —he aquí las palabras con que el Libertador de mi Patria, en el Mensaje al Congreso de Cúcuta, se definió a sí mismo ante la Historia, con hermosura y valentía:

“Yo soy el hijo de la guerra, el hombre que los combates han elevado a la magistratura; la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado. La espada que ha gobernado a Colombia no es la balanza de Astrea, es un azote del genio del mal que algunas veces el cielo deja caer a la tierra para el castigo de los tiranos y el escarmiento de los pueblos... Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno popular, es una amenaza inmediata a la soberanía nacional. Yo quiero ser un ciudadano para ser libre y para que todos lo sean”.

Estas palabras, insólitas en boca o de mano de un guerrero victorioso, son sin duda alguna las mejores con que yo pueda recomendar a la admiración de las generaciones que se estén levantando sobre el suelo de América, la óptima calidad humana del Padre de mi Patria. No se detengan mucho los ojos que hayan de contemplar este bronce conmemorativo en la espada que le arma la diestra, sino en el símbolo de leyes prudentes que la otra mano sostiene y en el reposo del manto que lo sobreviste de serenidad, y condúzcase el alma necesitada de enseñanza conveniente a felicidad de pueblos a la meditación del singular contenido de excelencia humana que encierran las palabras de mi Libertador que acabo de citar, para que se advierta cómo no abundan en la historia



Bolívar, Padre americano.

(Según Tenerani)